

## Arrabal, autor vivo, autor muerto

► Título: «El cementerio de automóviles», de Fernando Arrabal. Dirección: Juan Carlos Pérez de la Fuente. Escenografía: Xavier Mascaró. Vestuario: Javier Artiñano. Iluminación: Luis Martínez y José Luis Alonso. Sonido: Eduardo Vasco. Intérpretes: Carmen Belloch, Paco Maldonado, Juan Gea, Beatriz Argüello, Alberto Delgado, Juan Calot y Roberto Correcher. Teatre Principal.

Entre el material informativo que el Centro Dramático Nacional facilita con ocasión de «El cementerio de automóviles» destacan los panegíricos firmados por incontestables figuras de la cultura (Ionesco, Kundera, Goytisolo, Aleixandre, Beckett, Cela...). Encomiástico recital dedicado a Fernando Arrabal. Homenaje a un autor vivo-vivo que muestra una importante coincidencia: la confusión entre obra y personaje, como si ambas facetas fueran imprescindibles para completar la naturaleza excepcional del artista. ¿Sería la obra de Arrabal la obra de Arrabal si Arrabal no fuese Arrabal? El carácter de los elogios lo deja bien claro.

Sin la personalidad intransferible del hombre -estimulante incluso sin necesidad de convertirse en obra- nuestra percepción sería otra. Y a los hechos ocurridos el día del estreno de «El cementerio de automóviles» en el Teatre Principal nos remitimos. Terminó la obra, saludó la com-

pañía, saludó el equipo artístico, saludó el director y, al fin, salió a saludar el autor vivo. Apareció Arrabal, eterno aturcido. Tropezó con el decorado, tropezó dos veces. Divagó su figura entre los artistas y el público -que había subido varios enteros sus aplausos-, lanzó un sonoro «Viva la Virgen» y lanzó a la platea su corbatín en un gesto inocente de estrella agradecida. Un puro desconcierto humano que nos hizo recordar quién es y qué significa para nuestro caos Fernando Arrabal.

Retazos de sus reflexiones, de sus apariciones singulares, de sus opiniones patafísicas se hicieron presentes y en esos pocos minutos de protagonismo absoluto del autor surgió el mejor momento teatral de la noche. Nos hizo desear un Arrabal monologuista, un largo encuentro con lo imprevisible, con el arte en eyaculación constante. Pero los deseos son fantasías mientras que la gris realidad -contaminada por la

opaca escenografía de Xavier Mascaró- era el montaje dirigido por Pérez de la Fuente.

Regresaba el Centro Dramático Nacional y su director titular pocas semanas de haber dejado en Barcelona la huella de su producción de «La visita de la vieja dama». Aunque la experiencia curte, Arrabal -autor raro en nuestros escenarios- es un reclamo lo suficientemente atractivo para volver al CND.

Primera sorpresa: el montaje tiene como mínimo la dignidad que no tenía -perdida, más que perdida- la puesta en escena de Dürrematt. Al autor vivo se le debe más respeto y Pérez de la Fuente ha optado esta vez por no reinventarse la obra. Pero en su afán de homenaje y tributo, la dirección de escena se deja llevar por una mal entendida nostalgia, fija su vista en el año en que fue creada la pieza y rescata un tipo de teatro rupurtista que pone el acento en unos estilemas que ahora parecen cadu-

cos. El director consigue que Arrabal parezca viejo, como anclado en otro tiempo y en una cultura que necesitaba de revulsivos muy concretos, ahora gastados por la experiencia. Hacer hoy hincapié en la reinención evangélica de los personajes tiene un efecto regresivo. Nos han contado esa historia paralela, esa antihistoria, en otras ocasiones, con toda una amplia gama de heterodoxias y trasgresiones y su efecto es el mismo que un Cristo arrabalero visitado por el beato Zeffirelli.

Mientras, otros elementos importantes del texto, como la desazón poética del lenguaje de Arrabal, quedan en un segundo plano; y la decadencia humana se hermana a la estética recurrente de una obra de Beckett. Sólo la aparición de Arrabal nos recuerda que no se trata de un texto de un autor muerto; eso y la entregada actuación de algunos intérpretes de la compañía, sobre todo la energía que despliega Beatriz Argüello (Dila), excelente ejemplar de sumisa destructora, de dominatrix redentora, con parte de su piel de actriz en la duda y la salvación eterna de María Magdalena y otra parte en la rotundidad sexual de una mujer creada por Max Ophuls.